

ROBERT W. CHAMBERS

En busca
de lo desconocido



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Ciencia-ficción

EN BUSCA DE LO DESCONOCIDO

Robert W. Chambers

1.ª edición: septiembre de 2022

Título original: *In search of the Unknown*

Traducción: *Paco Arellano*

Corrección: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-851-0

Depósito Legal: B-4.206-2022

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prefacio	11
Las alcas gigantes y el práctico del puerto	13
I	15
II	23
III	29
IV	35
V	45
El dingo, el mamut y el Espíritu del Norte	53
I	55
II	69
III	79
El ux: la verdad sobre el gran escándalo internacional	99
I	101
II	117
III	121
IV	125
La esfiz: una parodia en dos actos	135
I	137
II	145
III	163

IV	177
V	193
VI	223
VII	231
VIII	247
IX	253

El hombre de la mesa de al lado	267
I	269
II	277
III	295
IV	307

A mi amigo E. Le Grand Beers

Mi querido Le Grand: usted y yo nos vimos atraídos el uno por el otro gracias a nuestro común amor por la naturaleza. Sus investigaciones sobre la historia natural de la rana arborícola, sus observaciones de la tortuga de pantano común de Providence, sus experimentos con la langosta de agua dulce estimularon mi entusiasmo por todo lo científico, lo que cristalizó en este útil librito que le he dedicado.

Sírvase aceptarlo como un insignificante testimonio de todo el reconocimiento que siento por usted.

EL AUTOR

Prefacio

Le resulta evidente al abajo firmante que existe una urgente necesidad de «libros naturales»..., libros en los que todo resto de ficción haya sido eliminado y que no presenten otra cosa que el esqueleto cuidadosamente articulado de los hechos. De ahí este pequeño volumen, presentado con algunas dudas y una gran modestia. Algunos de sus pasajes han aparecido al filo de los años en diversas publicaciones. El conjunto del relato se presenta aquí por primera vez; su autor espera que suscitará el entusiasmo por la investigación natural y científica y que inculcará en los jóvenes la pasión de la observación más rigurosa.

EL AUTOR

1 de abril de 1904

*En los inclinados aleros de los bosques,
tapizados con hojas verdes,
donde vuela el olor a prados y a juncias,
husmeamos en sus lindes;
curioseamos en lugares ocultos,
armados con nuestros libros que hablan de la naturaleza,
asustamos a los pájaros con alegres gritos,
cloroformizamos mariposas,
arrancamos las plantas de los bosques,
clavamos en alfileres escarabajos, moscas y hormigas
para que así podamos identificar
todo lo que tarde o temprano acabaremos por destruir.*



**Las alcas gigantes
y el práctico del puerto**

I

Todo aquello parecía tan improbable –tan imposible, ahora que me encuentro sano y salvo en mi biblioteca– que dudo en dar a conocer un episodio que ya me parece menos horrible que grotesco. Sin embargo, si esta historia no es plasmada inmediatamente en el papel, sé que nunca tendré el valor de decir la verdad..., no por temor al ridículo, sino porque no tardaré en ser incapaz de creer lo que ahora sé que es verdad. No obstante, apenas ha pasado un mes desde que escuché aquel ronroneo furtivo que achaqué a una corriente que agitara los bajos fondos..., apenas un mes desde que vi con mis propios ojos aquella criatura cuya existencia en estos momentos pongo en duda. En cuanto al práctico del puerto, ya que voy a poner orden en todo esto... Pero no diré más sobre este punto, ni ahora ni luego; intentaré que mi relato sea sencillo y sincero, y dejaré que mis amigos den pruebas de mi probidad y que los editores de este libro corroboren su testimonio.

El 29 de febrero dimití de mi empleo en el Gobierno y abandoné Washington para aceptar la oferta del profesor Farrago¹ –que me ha autorizado amablemente a que emplee su

1. El autor de tantas y tantas monografías lleva en inglés un nombre que resulta igual de ofensivo que en castellano: «Fárrago», que, según el DRAE, tiene la definición de «conjunto de cosas o ideas desordenadas, inconexas o superfluas».

nombre— y, el día 1 de abril, asumí mis nuevas y muy agradables funciones de superintendente general del departamento de anseriformes dependiente del parque zoológico que se estaba construyendo en el Parque del Bronx, en Nueva York.

Durante una semana, estuve ocupado examinando los nuevos cimientos, estudiando los planos de los arquitectos y siguiendo a los capataces por las espesuras del Bronx, sugiriéndoles sitios y trazados para los estanques y las corrientes de agua en los recintos que deberían albergar cisnes, ocas, pelícanos, garzas y todas las aves acuáticas que contábamos con aclimatar en el Parque del Bronx.

En aquellos momentos, la política de la administración del parque zoológico tenía prohibido recurrir a coleccionistas y montar expediciones. Los especímenes que recolectaba provenían exclusivamente de donaciones y yo dedicaba parte de mi jornada a responder a corresponsales que nos ofrecían sus servicios como cazadores de caza mayor, coleccionistas de toda clase de fauna, tramperos y cazadores furtivos, eso sin contar con los que querían vendernos ejemplares, por lo general a unos precios exorbitantes.

Los propietarios de gatos de cinco patas, lince sarnosos, miserables coyotes y osos bailarines tenían derecho a una negativa educada pero firme..., aunque, naturalmente, yo sometía sus cartas, lo mismo que mis respuestas, a la aprobación del profesor Farrago.

Un día, a finales del mes de mayo, mientras abandonaba el Parque del Bronx para volver a la ciudad, el profesor Lesard,² del departamento de reptiles, me avisó para decirme que el profesor Farrago quería verme hacía unos instantes; me volví a

2. Fonéticamente, el apellido Lesard se pronuncia como la palabra inglesa «lizard». ¿Podría haber algo más poético que el que el nombre del profesor del departamento de reptiles fuera el de «lagarto»? Difícilmente.

meter la pipa en el bolsillo y deshice el camino andado hasta la caseta de madera que le servía al profesor Farrago, superintendente del parque zoológico, de despacho provisional. El profesor, que estaba sentado tras la pila de cartas recibidas y mis consecuentes respuestas a la espera de su aprobación, se bajó las gafas y me miró con una sonrisa curiosa en la que se leían la diversión, la impaciencia, la irritación y quizás un cierto embarazo.

—Aquí tenemos una carta —dijo, señalando con gesto deliberado una hoja de papel clavada en un pincho—, una carta de la que no me cabe duda que recordará. —Liberó la hoja de papel y me la tendió.

—¡Oh, sí! —respondí, encogiéndome de hombros—. Este hombre está en un error, o bien...

—¿O bien? —preguntó tranquilamente el profesor Farrago limpiándose las gafas.

—O bien es un mentiroso —declaré.

Tras un momento de silencio, se arrellanó en su asiento y me rogó que releería aquella carta, lo que hice con un cierto desprecio indulgente hacia su autor, que era un estafador de lo más estúpido y un caradura de lo más bobo. Hice partícipe al profesor Farrago de mis sentimientos, pero, para mi mayor sorpresa, no parecía compartirlos.

—Supongo —dijo, con una nueva sonrisa de miope un poco molesto— que, de cada mil hombres, novecientos noventa y nueve tirarían esta carta a la basura y considerarían que quien la haya escrito o es un timador o es un imbécil.

—Sea lo uno o lo otro —dije—, tal es mi opinión.

—Pero no la mía —replicó el profesor con aspecto de placidez.

—¡Qué! —exclamé—. ¡Se trata de un hombre que vive totalmente solo en una lengua de arena y rocas entre el mar y los

brezales y que nos pide que enviemos a alguien para entregarnos un pájaro que no existe!

—¿Cómo sabe usted que el pájaro en cuestión no existe?
—quiso saber el profesor Farrago.

—Por lo general —respondí no sin cierto sarcasmo—, se considera que el alca gigante pertenece desde hace años a la categoría de especies desaparecidas. En consecuencia, me perdonará si dudo de que nuestro corresponsal posea una pareja de ejemplares vivos.

—¡Ah, estos jóvenes! —dijo el profesor con una sonrisa cansada—. Siempre dispuestos a embarcarse en cualquier teoría para viajar hacia un destino inexistente.

Se acomodó de nuevo en su butaca, buscando con sus ojos risueños la imagen que le daba tanta alegría.

—Viajando a lomos de una ardilla voladora, navega usted a la gracia de Dios y con una fuerte brisa, pero sin aterrizar nunca donde quería hacerlo, ¿no es verdad?

Ruborizado, le contesté:

—¿Piensa que el alca gigante todavía se encuentra en este mundo?

—Audubon³ vio esas aves.

—Y, desde entonces, ¿alguien ha visto más ejemplares?

—Nadie... salvo nuestro corresponsal —respondió riendo.

Hice eco a su risa, pensando que nuestra conversación había terminado, pero el profesor replicó con frialdad:

3. Jean-Jacques Audubon (o John James Audubon en Estados Unidos) (1785-1851) fue un ornitólogo, naturalista y pintor estadounidense de origen francés que alcanzó la ciudadanía estadounidense en 1812, y es considerado como el primer ornitólogo del Nuevo Mundo. Sus ilustraciones de aves son famosas en todo el mundo y marcaron el punto de arranque de la ilustración científica moderna. El dibujo de las alcas gigantes del que se habla en este libro existe realmente y cualquiera con el mínimo interés podrá dar fácilmente con él.

—Sea cual sea la naturaleza de los animales que posee nuestro corresponsal —y me atrevo a creer que se trata de una pareja de alcas gigantes—, quiero que los adquiera usted para nuestra sociedad.

Me quedé boquiabierto, un sentimiento que no tardó en ser sustituido por la pena. Evidentemente, el profesor Farrago estaba al borde de la senilidad..., ¡ah, qué pérdida para el mundo!

Actualmente estoy convencido de que el profesor Farrago interpretó correctamente mis pensamientos, pero no manifestó hacia mí ni impaciencia ni resentimiento. Tomé una silla y me senté ante él..., no tenía más elección que la de obedecerle, aunque aquella búsqueda estúpida no fuera de mi agrado.

Redactamos de común acuerdo la lista de artículos que me resultarían necesarios y evaluamos los gastos que podría efectuar, luego fijé la fecha de mi retorno, sin tener en cuenta que la expedición culminase con el éxito.

—Poco importa ese detalle —decretó el profesor—. Debe usted, ante todo, asegurarse de que esas aves llegarán aquí sin contratiempos. Dígame, ¿cuántos hombres piensa llevar con usted?

—Ninguno —respondí de buenas a primeras—; sería meternos en gastos inútiles a menos que hubiera algo por lo que valiera la pena llevarse al personal. Si tal es el caso, le avisaré por escrito, cuente con ello.

—Muy bien —replicó el profesor Farrago con voz afable—, recibirá usted toda la ayuda que necesite. ¿Podría salir esta misma noche?

El anciano caballero se mostraba un poco ansioso. Asentí a disgusto, consciente de la diversión que sentía él.

—Bueno —dije, tomando el sombrero—, me marcho al Norte, en busca de un lugar llamado Black Harbor, donde vive un

hombre que atiende al nombre de Halyard, que posee, entre otras cosas, dos especímenes de alca gigante...

Nos reímos los dos a mandíbula batiente. Le pregunté por qué concedía crédito a las afirmaciones de un hombre del que, hasta aquel día, nunca antes había oído hablar.

—Supongo —respondió con la misma sonrisa, medio divertida, medio embarazada— que es por una cuestión de instinto. Tengo la firme impresión de que ese tal Halyard posee un alca gigante... o más bien dos. No consigo deshacerme de la idea de que estamos a punto de adquirir la criatura más rara del mundo. Es extraño oír a un hombre de ciencia expresarse de este modo; no me diga que no le llama la atención, ¡reconózcalo!

Pero no me llamaba la atención, pues dentro de mí sentía una extraña esperanza, similar a la que animaba al profesor Farrago, y que, a mi pesar, hacía que mi corazón latiera más deprisa.

—A decir verdad... —empecé, pero no fui más lejos.

El profesor y yo intercambiamos una franca mirada.

—Siga —me animó.

Pero yo no tenía nada que añadir, pues la perspectiva de ver con mis propios ojos un espécimen vivo del alca gigante despertaba en mí emociones contradictorias que hacían que cualquier discurso resultase totalmente superfluo.

Mientras me marchaba, el profesor Farrago me acompañó hasta la puerta de su despacho temporal y me confió la carta redactada por el tal Halyard. La doblé y me la metí en el bolsillo, pues su autor quizás desease que se la enseñase a modo de identificación.

—¿Cuánto pide por la pareja? —quise saber.

—Diez mil dólares. No regatee... si los pájaros son lo que dice que son...

—Lo sé —me apresuré a replicar, pero sin esperar mucho.

—Otra cosa —añadió el profesor Farrago, con aspecto grave—; como ya sabe, Halyard evoca en el último párrafo de su carta un espécimen de otra especie —un bípedo anfibio desconocido hasta la fecha—, y me gustaría que me leyera ese pasaje.

Pesqué la carta del bolsillo y obedecí:

Cuando hayan examinado ustedes los dos especímenes de alca gigante, y tras asegurarse de que les decía la verdad, quizás tengan la sabiduría de escuchar sin prejuicios el relato que haré sobre la existencia de la más extraña criatura jamás concebida. Permítanme, de momento, que me contente con decir que se trata de un bípedo anfibio que vive en el océano cerca de estas costas. No puedo darles más datos, pues nunca he tenido ocasión de ver a este animal, aunque cuento con un testigo ocular, sin hablar de todos los que afirman estar al tanto de su existencia. Naturalmente, ustedes pueden ser de la opinión de que este argumento carece de peso, pero, cuando llegue su representante, si se trata de un hombre sin prejuicios, no cabe duda de que los informes que redactará sobre este bípedo anfibio confirmarán las declaraciones de un testigo que sé digno de confianza.

Suyo:

BURTON HALYARD
Black Harbor

—Y bien —dije tras unos instantes de reflexión—, ¡adelante, a por el ganso salvaje!

—El alca salvaje, querrá decir usted —corrigió el profesor Farrago estrechándome la mano—. Se va usted esta misma noche, ¿verdad?

—Sí, pero sólo Dios sabe cuándo estaré llamando a la puerta de ese tal Halyard. ¡Adiós!

—A propósito de ese bípedo anfibio... —empezó a decir el profesor Farrago tímidamente.

—¡Oh, no! —dije—. Estoy dispuesto a tragarme las alcas con picos y garras, pero si Halyard insinúa que ha visto una criatura anfibia parecida a un hombre...

—O a una mujer —añadió prudentemente el profesor.

Me retiré, desanimado, con la fe que tenía en el vigor mental del profesor Farrago seriamente quebrantada.

II

Los tres días de viaje, en barco y en tren, fueron bastante aburridos. Compré un billete en Santa Cruz, en la estación de la Central Pacific, y el 1 de junio, recorría la última fase de mi periplo mediante el ferrocarril de vía ancha de Sainte-Isole, desembarcando en plena naturaleza a la luz del día. Tras una marcha forzada por un terreno recientemente balizado –pero por alguien que avanzaba en sentido inverso al mío–, llegué al extremo norte del tren de vía estrecha que era empleado como medio de transporte para la madera sin desbistar y que unía el corazón del bosque de pinos con la orilla del mar.

Un largo tren de vagones de plataformas planas y bastante abollados, en los que se apilaban puntales y traviesas burdamente tallados, se sumía lentamente en la penumbra silvestre cuando llegué a la vista de la vía férrea, pero conseguí alcanzar una punta de velocidad tan gratificante como inesperada que me hizo aullar a pleno pulmón. El tren se detuvo; alcancé de un salto el vagón de cola, en el que un joven afable pisaba el freno, mientras masticaba resina de pino y consultaba un mapa.

—Suba a bordo, señor –me dijo sonriendo—. Apostaría a que es usted el hombre que tanta prisa tiene.

—Busco a un tal Halyard –dije, apoyando el fusil y la mochila en los fragantes tocones de pino recién cortados—. ¿Es usted Halyard?

—No, yo soy Francis Lee, director de las canteras de mica de Port-of-Waves —replicó—, pero esta carta fue escrita por Halyard, que me pide que esté atento a un hombre que llegue del Parque del Bronx, en Nueva York.

—Ése soy yo —dije; llené la pipa y le ofrecí a aquel joven un poco de hierba de la paz, y fumamos uno al lado del otro de manera amistosa, hasta que una señal de la locomotora le llamó a la cabecera del tren, quedándome solo, a mis anchas, tumbado y con la cabeza apoyada en los brazos, sumido en la contemplación del cielo azul que desfilaba entre las ramas.

Olí el perfume del océano mucho antes de verlo; un aroma fresco y salado aguijoneó mis sentidos adormecidos por la cálida fragancia de pinos y cicutas, y me senté para ver las olas entre la masa verde de las coníferas.

La brisa marina era cada vez más fresca, y llegaba hasta mí mediante saltos suaves y ligeros, y luego con corrientes glaciales y regulares, agitando las ramas de los pinos y haciendo oscilar las matas azules de los abetos balsámicos.

Lee volvió a mi lado saltando vagón tras vagón, abriendo solemnemente los brazos para mantener el equilibrio cuando el convoy hacía un giro cerrado, o cuando el agua goteaba de un canal recién abierto que emergía repentinamente de las profundidades del bosque para correr en paralelo a la vía férrea.

—Se terminó esta misma primavera —dijo, contemplando su obra, que parecía ondularse al paso de los vagones—. Va hasta la cala... o más bien debería ir hasta allí... —se calló de repente y me miró con ojo pensativo—. Así que va a casa de Halyard —dijo, casi como si respondiese a una pregunta que él mismo se hubiera formulado.

Asentí.

—Entiendo que nunca ha estado allí.

—No —contesté—, ni sé si volveré.

Le habría dicho el motivo de mi visita si mi tonta pesquisa no me inspirara ya una cierta desazón.

—Apuesto a que va a echarle un vistazo a sus pájaros —replicó Lee con calma.

—En efecto —respondí de mala gana, mirándole de soslayo para ver si sonreía.

Pero me preguntó totalmente en serio si el alca gigante era de verdad un ave rara; le contesté que el último espécimen conocido lo era por unos despojos encontrados en 1870 en las costas del Labrador. Luego le pregunté si las aves de Halyard eran realmente alcas gigantes y me replicó, con cierta indiferencia, que eso suponía..., que al menos nadie había visto semejantes criaturas en los alrededores de Port-of-Waves.

—Hay algo más —me dijo, limpiando la embocadura de la pipa con una aguja de pino—, algo que nos preocupa mucho más que las alcas, grandes o pequeñas. Lo que le voy a contar a continuación es algo a lo que usted habría llegado antes o después.

Dudó, y vi que estaba un poco molesto y que andaba buscando las palabras por miedo a que le entendiera mal.

—Si hay en esta región algo que sea más importante para la ciencia que las alcas gigantes, me encantaría conocerlo, se lo aseguro —le dije.

Quizás mi voz estaba impregnada por el sarcasmo, pues me miró con fijeza y luego apartó los ojos. Algunos instantes después, no obstante, se metió la pipa en el bolsillo, apretó el pedal del freno con las dos manos, saltó a su pedestal y me miró desde lo alto.

—¿Ha oído hablar alguna vez del práctico del puerto? —me preguntó con aspecto malicioso.

—¿Qué práctico? —quise saber.

—Lo sabrá en poco tiempo —observó, mirando a lo lejos con satisfacción.

Aquella extraordinaria observación no me sorprendía. Esperé a que se explicase y, como no lo hizo, le pregunté lo que quería decir.

—Si lo supiera, se lo diría —replicó—. Pero, si lo pienso, sería un estúpido si entrase en detalles en presencia de un hombre de ciencia. Oirá hablar del práctico del puerto..., incluso puede que le llegue a ver. Si eso pasase, me gustaría hablar con usted al respecto.

No pude dejar de reír ante tan ampuloso discurso y, pasado un tiempo, él hizo lo mismo y añadió:

—Un hombre puede arrugarse cuando afirma saber algo que otro afirma que no puede saber. ¡Maldito sea si digo algo más del práctico antes de que vaya usted a casa de Halyard!

—Un práctico —insistí— es un oficial responsable de la administración de un puerto... ¿no es eso cierto?

Pero se negó a proseguir la conversación y nos quedamos sentados en silencio sobre los montones de madera, hasta que un largo toque de silbato de la locomotora y una borrasca de salpicaduras nos obligaron a levantarnos. Vi entre los árboles el océano azul oscuro que se extendía más allá del negro arenal avanzando al encuentro con las nubes; un viento violento sacudió los árboles cuando el tren empezó a frenar para detenerse en las lindes del bosque primitivo.

Lee bajó con soltura y me ayudó a descargar mi rifle y mi equipaje, y el tren empezó a retroceder a lo largo de una vía secundaria que, al parecer, conducía a las canteras de mica y a los almacenes de la compañía.

—¿Qué hará ahora? —preguntó amablemente—. Si lo desea, puedo ofrecerle una buena cena y una cama cómoda... y estoy seguro de que la señora Lee estará encantada de alojarle en casa tanto tiempo como quiera quedarse.

Le di las gracias, pero le dije que estaba impaciente por llegar a casa de Halyard antes de que cayera la noche, y tuvo la

amabilidad de guiarme a lo largo de los acantilados para indicarme el camino que tenía que seguir.

—Ese hombre, el tal Halyard, es un inválido. Vive en una cala bautizada como Black Harbor y es por mediación de la compañía como se le entregan las provisiones. Las recibimos todos los meses en depósito y se las llevamos a lomos de mula. Tuve ocasión de conocerle: es un tipo colérico, un hipocondríaco y un cínico, pero nadie ha puesto nunca en duda su palabra. Si afirma que posee un alca gigante, uno se lo tiene que creer.

Mi corazón latió desbocado ante aquella idea; me volví hacia las tierras boscosas y las dunas de arena entrecortadas por cañadas, intentando imaginarme cuáles serían las consecuencias que tendría para mí, para el profesor Farrago, para el mundo entero, si informaba en Nueva York del hallazgo de un alca gigante.

—Es un chiflado —concluyó Lee—; para serle franco, no es un hombre que me caiga bien; si se muestra desagradable con usted, no dude en volver a mi casa.

—¿Halyard vive solo? —pregunté.

—Sí..., salvo por una enfermera que le atiende.

—¡Una mujer! —exclamé.

—Sí. ¡Pobrecilla! —Hizo un gesto de disgusto.

Luego me regaló una curiosa mirada; y, tras un breve titubeo, añadió:

—Pídale a Halyard que le hable de su enfermera y... del práctico. Adiós..., me esperan en la cantera. No dude en venir por casa cuando le parezca; será bienvenido en Port-of-Waves.

Nos dimos la mano y nos separamos, él para hundirse en el bosque siguiendo la vía férrea, y yo para tomar la dirección norte, con el fusil en la mano y la mochila a la espalda. En un momento dado, me crucé con un grupo de canteros con el

rostro enrojecido por el sol, las manos cubiertas de cicatrices y callosidades. Tras saludarles con la cabeza, me volví y vi que hacían otro tanto para observarme mejor, y la brisa marina trajo hasta mí algunos fragmentos de su conversación.

Hablaban del práctico.

III

Cuando se acercaba el crepúsculo, llegué a la cima de un acantilado de granito alrededor del cual las aves marinas giraban gritando y a cuyos pies, olas poderosas se estrellaban despertando ecos de tormenta sobre una arena enrojecida por el sol poniente.

Más allá de la playa con forma de luna creciente, se alzaba un acantilado y, un poco más lejos, vi una columna de humo que ascendía por el aire inmóvil. Provenía sin ninguna duda de la chimenea de Halyard, aunque el acantilado que tenía delante me impedía distinguir la casa propiamente dicha.

Hice una pausa para cargar la pipa, colocar el fusil y la mochila y luego empecé a descender el precipicio con todo lujo de precauciones. Me encontraba a medio camino de la playa y examinaba el otro acantilado cuando algo que había en su cima llamó mi atención: la silueta de un hombre recortada contra el cielo. Pero comprendí en el acto que aquello no podía ser un hombre, pues, fuera lo que fuese, se dejó deslizar a lo largo del acantilado sin asperezas, como habría hecho un lagarto. Antes de que pudiera observarle con más detalle, reptó hasta las olas —al menos, eso me pareció—, pero el episodio entero fue tan rápido, tan inesperado, que no estuve muy seguro de lo que acababa de ver.

Sin embargo, mi curiosidad estaba lo suficientemente despierta como para que intentara escalar el acantilado por la parte de tierra y dirigirme hacia el punto en que creí ver a aquel hombre. No encontré nada, naturalmente... o, más exactamente, ningún rastro de un ser humano. Pero por allí había pasado algo —lo más seguro, una nutria marina, porque vi en las piedras los restos de un pez recién muerto del que no quedaba más que la cola y la espina central.

Al instante siguiente, descubrí la casa, un edificio moderno y de aspecto frágil, coqueto y recientemente pintado, pero totalmente fuera de lugar en aquel espléndido rincón natural. Era una nota de vulgaridad en la noble y austera monotonía del arenal y de las aguas.

El descenso no presentó ninguna dificultad. Atravesé la playa en forma de luna creciente y de arena tan dura como si fuera mármol rosa, y descubrí entre las rocas un pequeño sendero que conducía hasta el porche de la casa.

En él se encontraban dos personas —las oí antes de verlas—, y cuando planté el pie en los peldaños de madera, vi a una de ellas, una mujer, que se levantaba de su asiento para dirigirse hacia mí.

—¡Vuelva! —gritó la otra persona, un hombre de rostro lampiño y surcado por las arrugas, con ojos azules y furibundos; y la joven dio media vuelta dócilmente, haciéndome un gesto con la cabeza mientras yo me quitaba el sombrero.

El hombre, sentado en una silla de inválido, sujetó las ruedas con sus dos manos pálidas y avanzó por el porche. Su cuerpo estaba envuelto en chales, su cráneo cubierto por un sombrero sin forma ni color, y su rostro se hendió en una mueca cuando alzó los ojos hacia mí.

—Sé quién es usted —declaró con su voz ácida—; usted es uno de los zoólogos del Parque del Bronx. Al menos, tiene aspecto de serlo.

—Su reputación le identifica sin lugar a equívocos —repliqué, irritado por su insolencia.

—¡Bien! —dijo con algo que parecía una risa—. Le agradezco su franqueza. Ha venido a ver mis alcas gigantes, ¿no es cierto?

—No hay otra cosa que me hubiera traído hasta aquí —repliqué con toda la sinceridad del mundo.

—Gracias le sean dadas al Cielo —soltó—. Siéntese un momento; nos ha interrumpido. —Luego, volviéndose hacia la joven, que vestía el uniforme y la cofia de una enfermera diplomada, le pidió que volviese al relato que estaba haciendo. Lo hizo, no sin antes lanzar una mirada llena de modestia que arrancó una nueva mueca del anciano.

—Llegó tan deprisa —dijo en voz baja—, que no tuve ocasión de volver. La barca derivaba hacia el arenal. Yo estaba sentada en la proa, leyendo, con los dos remos apoyados en la borda y la barra del timón oscilaba suavemente. Luego oí como una rascadura, pero supuse que serían las algas rozando el fondo de la barca... y, al instante siguiente, resonaron unos golpes sordos, como si un pez enorme estuviera golpeando el casco.

Halyard empuñó las ruedas de la silla y le regaló a la joven una mirada severa.

—¿Ni siquiera se le ocurrió tener miedo? —preguntó.

—No..., no en aquel momento —dijo ella ruborizándose—, pero un poco más tarde, cuando levanté los ojos y vi al práctico que venía corriendo por la playa, estaba dominada por el terror.

—¿Y bien? —dijo Halyard con tono sarcástico—. Era lo adecuado. —Luego, volviéndose hacia mí, declaró—: Y esta joven descerebrada se ha visto obligada a remar hasta Port-of-Waves y pedirles a los canteros de Lee que trajeran su barca.

Completamente mistificado, miré a Halyard y a la joven sin comprender en lo más mínimo lo que significaba todo aquello.

—Basta —dijo secamente Halyard, expresión con la cual, al parecer, solía despedir a su enfermera.

Ella se levantó, yo hice otro tanto, y la joven inclinó la cabeza ligeramente cuando pasó ante mí, entrando luego en silencio en la casa.

—¡Quiero un caldo de carne! —berreó Halyard; después, me dirigió una mirada poco amable—. Soy un hombre bien educado —gargajeó—; y diplomado en Harvard con nota, ¡pero vivo como me place, hago lo que me place y digo lo que me place!

—No es usted un adepto de la ponderación —observé con cierto desagrado.

—¿Por qué iba a serlo? —replicó—. Pago a esta joven para que soporte mi irascibilidad; tal es el trato que cerramos.

—No hay nada en sus asuntos domésticos que sea de mi interés. He venido a ver esas alcas.

—Sin duda, esperará encontrarse con unas alcas pequeñas —dijo, con voz despectiva—. Pero puedo asegurarle que son bastante grandes.

Como le sugerí que me dejara ver los animales, me respondió con indiferencia que estaban encerrados en un recinto en el patio trasero y que era libre de dar la vuelta a la casa si tal era mi capricho.

Dejé el fusil y la mochila en el porche y me marché, habitado por emociones mitigadas, entre las cuales la esperanza no dejaba de ser la predominante. Ningún hombre sensato conservaría tales tesoros en un vulgar cercado, argüí, y no esperaba encontrar más que unas simples pardelas o pingüinos.

En toda mi vida olvidaré la sorpresa que me dominó cuando llegué al cercado en cuestión, cerrado en su totalidad gracias a un techo de tela metálica. No solamente albergaba dos alcas gigantes vivitas y coleando, majestuosamente sentadas en un lecho de algas, sino que una de ellas contemplaba con gravedad a dos polluelos apenas salidos del cascarón, todos ellos pico y

patas, que dormían plácidamente al borde de un charco de agua salada donde nadaban algunos peces de pequeño tamaño.

Durante un tiempo, la excitación me cegó e incluso me ensordeció. Me esforcé para convencerme a mí mismo de que tenía ante los ojos a los últimos representantes de una especie casi extinguida..., los únicos supervivientes de la especie de las alcas gigantes que, desde hacía más de treinta años, se consideraba como desaparecida de la faz del globo.

Me quedé como petrificado, creo, hasta que el sol se ocultó detrás del horizonte y las tinieblas, que llevaron al límite mis capacidades visuales, hicieron desaparecer las grandes aves silenciosas de ojos chispeantes.

Ni siquiera entonces pude apartarme del cercado; escuché atentamente buscando el extraño canto nocturno del macho, la respuesta tenue de la hembra, los chillidos apagados de las crías tumbadas sobre el vientre; escuché sus alas embrionarias y parecidas a aletas que batían blandamente cuando se estiraban, entreabriendo y haciendo chascar los picos como preludeo al sueño.

—Por favor —me dijo una voz suave desde la puerta—, el señor Halyard le ruega que cene en su compañía.